

## LA ÉPOCA DEL AUTOR EN LAS *EFESÍACAS* DE JENOFONTE DE ÉFESO.

Ángela Gil

Universidad de Extremadura

La novela griega en general constituye, a pesar de ser un género ficticio, con carácter divulgativo, un testimonio histórico de la época del autor. Éste, de una u otra forma, deja traslucir aspectos sociales, políticos, económicos, religiosos de su época, aunque en ocasiones los hechos narrados están ubicados en un contexto histórico lejano, ficticio o vagamente definido. Si observamos el contexto histórico de cada una de las cinco novelas conservadas en su totalidad, sólo Jenofonte de Éfeso y Aquiles Tacio parecen haber ubicado su narración en un contexto cronológicamente más próximo a la época en la que crean su obra literaria.

En el caso concreto de las *Efesíacas* o *Antía y Habrócomes* de Jenofonte de Éfeso hallamos tal suma de detalles que no podemos pensar que ello sea producto de la casualidad, ni tampoco introducciones más o menos conscientes del autor, siempre influido por las circunstancias del momento histórico en el que vive. Por el contrario Jenofonte de Éfeso, que escribe su novela, según la teoría más generalizada, en la primera mitad del siglo II d. C, en el momento de crear su obra y de ubicar los hechos en ella narrados dentro de un contexto histórico concreto, ha tenido presente aspectos de una época muy próxima a la suya.

La materia narrativa desarrollada por Jenofonte de Éfeso pertenece al género literario en boga en la época, el de la novela griega, con todos sus ingredientes literarios (amantes separados, expuestos a peligros y finalmente reunidos; viajes por gran parte del Mediterráneo oriental, piratas y aventuras que amenazan sus vidas y castidad). Sin embargo Jenofonte, al contrario que Caritón, su predecesor inmediato en el género, novelista con el cual el género queda definido como tal y a la vez modelo para nuestro autor, no ubica los hechos en un pasado lejano, sino en una época muy próxima a la suya propia.

Hallamos en la novela varias referencias históricas que nos indican que los hechos narrados (y la composición misma de la novela) quedan ubicados en un momento próximo a los siglos I-II d. C.: en primer lugar señalamos la mención al gobernador de Egipto, pues la figura del gobernador romano reemplaza a la del emperador-faraón con la conquista de Egipto por Augusto en el año 30 a. C. En segundo lugar apuntamos la referencia al irenarca de Cilicia como oficial de policía, hecho que traslada el tiempo de la narración a una época anterior a la de Marco Aurelio, bajo cuyo gobierno los deberes de policía fueron transferidos a los gobernadores de provincias. También las referencias a los pastores del Delta del Nilo y a sus fechorías como piratas o bandidos pueden sernos útiles en este sentido, pues, según los datos históricos, éstos protagonizaron una rebelión en el año 172 d. C., por lo que sucesos con ellos relacionados deben de ser de actualidad en la época de composición de la novela.

Una vez fijado el contexto histórico, podemos destacar los siguientes rasgos económicos y sociales.

En primer lugar destacamos el continuo desarrollo del comercio y del transporte. Se trataba de un comercio “mundial”: el Imperio romano mantenía relaciones comerciales no sólo con sus vecinos, sino también con aquellos pueblos con los que no tenía un contacto territorial. Pero más importante que todo es el comercio de Egipto, y particularmente de Alejandría, con la India, un comercio que seguía continuamente en aumento y se hacía cada vez más regular. Asimismo, ciudades orientales de gran importancia dentro de este intenso comercio fueron por ejemplo Copto, Siria o Antioquía. Todos estos lugares aparecen en la novela vinculados de una y otra forma al comercio: Apsirto, pirata fenicio dedicado al comercio, regresa de su viaje por Siria portando para su hija un novio nacido en Antioquía, como si se tratase de uno más de los artículos adquiridos en su papel de rico mercader. Jenofonte, sin duda, en ciertos pasajes de la novela, pone de relieve el nombre y la importancia de esta ciudad, Antioquía, que, fundada en el año 301 a. C., llegó a ser una de las más ricas e importantes del Oriente grecorromano. En la misma línea, Jenofonte presenta en el puerto de Antioquía la venta como esclava de la protagonista y su compra por parte de comerciantes procedentes de Cilicia, región costera al sur de Asia Menor. Dicha información pone de manifiesto a un mismo tiempo la importancia de las relaciones comerciales, del comercio marítimo y del Mediterráneo.

En el puerto de Alejandría tiene lugar una nueva compraventa: Antía, la protagonista, es entregada por los bandidos a unos

comerciantes. Alejandría es importante tanto por ser ciudad centro del comercio como por ser ciudad destino de la navegación: el protagonista, Habrócomes, se embarca en una nave cuyo destino es Alejandría. A Alejandría también llega, procedente de la India, el rico Psamis, quien compra a Antía. Una vez más Jenofonte presenta una ciudad rica y de gran importancia en lo que se refiere a las relaciones comerciales en el siglo II. Lo mismo podemos decir de la India, objetivo en la novela de muchos mercaderes que atraviesan la ciudad de Copto, zona, efectivamente, de obligado paso en el comercio de Egipto con la India en época romana.

Todo esto revela, por otra parte, un intenso movimiento comercial marítimo: los viajes marítimos se revelan, coincidiendo con la realidad histórica del siglo II, como muy frecuentes en la época del relato, de manera que hacerse a la mar resulta una experiencia común. En efecto, tenemos en la novela la presencia de gente que viaja por placer: uno de los motivos que conducen al rico Psamis hasta Alejandría es la visita de la ciudad. Asimismo, el viaje de los protagonistas no se produce por efecto del azar, como en otras novelas, sino que se trata de un viaje organizado: parten con todo lo necesario, ropa, plata, oro y víveres en abundancia, un viaje que se realiza por mar y hacia Egipto, lugar de destino de los viajes de placer de la época. Del mismo modo, los padres de Antía y Habrócomes parecen concebir este viaje, cuyo objetivo final es conjurar el oráculo del dios, como un viaje de placer para visitar y conocer otros lugares.

Dentro de las actividades comerciales cabe destacar el comercio de esclavos: ciertamente, en el mundo helenístico-imperial el

comercio de esclavos fue importante. El Ponto Euxino, Tracia, Asia Menor y Siria eran los lugares más frecuentes de procedencia de esclavos, que se vendían en los numerosos mercados, de los que el más famoso fue hasta el año 100 a. C., el de Delos; pero existían también otros en Éfeso, Rodas, Bizancio, Cnoso, etc. En la novela son numerosos los casos de compra y venta de esclavos: la protagonista es vendida primero en Antioquía, después en Alejandría y finalmente dos veces en Tarento (Italia). Por su parte, el protagonista masculino es vendido en la ciudad de Pelusio (Egipto). Otro ejemplo de venta de esclavos es el de los fieles sirvientes y compañeros de viaje de los protagonistas, vendidos en la ciudad de Janto (Sur de Asia Menor).

La esclavitud, por otra parte, se presenta como fuente de riqueza: los piratas fenicios deciden atacar la nave en la que viajan los protagonistas porque ésta cuenta entre sus riquezas con oro, plata y esclavos, las mismas riquezas que el jefe pirata Apsirto entrega a su hija como regalos con motivo de su matrimonio. En la misma línea este jefe pirata piensa sacar grandes ganancias de la venta como esclavos de Antía y Habrócomes. Todo esto se revela, en general, como una práctica habitual dentro de una sociedad próxima a la de Jenofonte.

Como fenómenos socialmente importantes podemos destacar dos: la aparición de una sociedad más abierta, con cabida para individuos socialmente inferiores, y la importante alfabetización de la sociedad. Con respecto al primero Jenofonte no presenta (contrariamente a lo que hace Caritón, su predecesor y modelo, que ubica su historia en un pasado lejano, en los siglos V-IV a. C.) una sociedad dividida en dos grupos opuestos e incomunicados, uno

representado por reyes, sátrapas y otros personajes socialmente favorecidos (nobles, ricos y poderosos), el otro representado por siervos, esclavos, huidos de la ley y demás personajes que ocupan el último escalafón en la jerarquía social. Jenofonte presenta una sociedad con representantes de todo tipo: unos protagonistas pertenecientes a la clase alta de la sociedad; un grupo compuesto por funcionarios imperiales (el gobernador de Egipto, el irenarca de Cilicia); comerciantes y ricos desocupados (Psamis); profesiones liberales (un médico, un maestro de oratoria); oficios independientes (un pescador); asalariados (el protagonista, que en cierto momento llega a trabajar como picapedrero, o el pirata Corimbo, que recibe por su trabajo, además de una parte del botín, un sueldo); esclavos; bandidos, piratas, ladrones y demás personajes al margen de la ley. Pero los personajes más desfavorecidos económicamente no permanecen inamovibles en su única categoría, sino que tienen la posibilidad de ascender económica e incluso socialmente a través del bandidaje (como es el caso de Hipótoo, que empobrecido recurre al bandidaje como único medio para sobrevivir) y a través de la herencia (los esclavos Leucón y Rode reciben la herencia de sus segundos señores; Hipótoo, de la mujer con la que se ha casado, lo que le permite abandonar su condición de bandido y recuperar su antigua condición de hombre de bien).

Jenofonte además subraya el carácter humanitario de algunos personajes secundarios, sin importarle la clase social o la procedencia de los mismos, pudiendo estar representados incluso aquellos que se hallan al margen de la ley. Podemos observar, pues, sentimientos de bondad, sensibilidad y simpatía en los fieles esclavos Leucón y Rode,

en el cabrero y en el bandido que cuidan de Antía, en el pescador amigo del héroe, en el anciano soldado convertido en señor de Habrócomes. La nobleza de sentimientos ya no es, pues, exclusiva de la más elevada condición social. La sociedad así representada parece ser reflejo de la sociedad de los siglos I-II d.C.

El segundo de los fenómenos que apuntamos como socialmente importante representado en la novela es el de una mayor alfabetización de la sociedad. En efecto la sociedad de época imperial parece haber experimentado una progresiva alfabetización, sin diferenciación de status social ni de sexo. En la novela son alfabetizados, además de Habrócomes, Antía e Hipotóo, que pertenecen a la más elevada condición social, el pirata Apsirto, su hija Manto y los esclavos Leucón y Rode. Parece ser que en los primeros siglos del Imperio los individuos alfabetizados constituían un porcentaje bastante elevado, y, ciertamente, un porcentaje más elevado que en cualquier otra época de la Antigüedad grecorromana.

También la religión constituye un elemento esencial de la novela de Jenofonte, considerada como isíaca y de propaganda religiosa. Es la diosa Isis la divinidad más venerada en esta época de desconcierto espiritual en la que el hombre no encuentra consuelo en la religión tradicional, demasiado distante en su relación con el hombre, que se ve obligado a buscar un nuevo apoyo espiritual en divinidades y cultos sentidos más próximos, divinidades que ofrecen un trato más personal con el ser humano y la salvación individual del mismo. Junto a Isis tienen gran representación en la novela otras tres divinidades: Ártemis, Apolo y Helio. Todas ellas no sólo cumplen una misma función,

proteger a los protagonistas y guiar sus destinos hacia un final feliz, sino que aparecen relacionadas e identificadas: Isis, la diosa lunar egipcia, se corresponde con Ártemis, la diosa lunar griega. Relacionado con la divinidad lunar está el Sol, representado por Helio y Apolo, venerados igualmente en época imperial. Dichas divinidades están presentes en los momentos más significativos en el desarrollo de la trama y con una evidente identificación de sus funciones en su papel de protectores de los protagonistas: el primer encuentro y el súbito enamoramiento de Antía y Habrócomes tiene lugar durante la celebración de la fiesta nacional de Ártemis en Éfeso; Antía tiene por costumbre celebrar el culto de la diosa; a Ártemis ofrece sacrificios todo el pueblo de Éfeso, que invoca la protección de los jóvenes en el momento en que éstos, tratando de conjurar el oráculo de Apolo, se disponen a realizar un viaje por mar; y a ella, tras el feliz regreso a la patria, los esposos ofrecen sacrificios. Apolo es el dios del oráculo; Isis, la diosa en cuyas manos el oráculo pone la salvación de los protagonistas, la misma diosa que recibe el nombre de *Ἰσιδι σεμνή*, la diosa objeto de las súplicas de Antía. El reencuentro entre Antía y Habrócomes tiene lugar en la ciudad de Rodas junto al templo de Isis, a la que agradecen su salvación dándole el nombre de *μεγίστη θεά*. Finalmente, la veneración a Helio se observa en el hecho de que los protagonistas presentan ofrendas al dios, tal como habían hecho anteriormente sus fieles esclavos Leucón y Rode.

A la tendencia espiritual de la época corresponde también la actuación de adivinos y sacerdotes que sacrifican víctimas, hacen libaciones y pronuncian palabras incomprensibles para propiciar el favor de los dioses e informarse del origen del mal que aqueja a los jóvenes.

Éstas son prácticas que encajan perfectamente en la mentalidad del siglo II, donde tienen gran representación la superstición, los oráculos y las prácticas adivinatorias y mágicas, que si bien es cierto que están presentes en toda la Antigüedad, en esta época experimentan un nuevo auge.

Tiene asimismo representación en la novela el estoicismo, una de las numerosas corrientes filosóficas presentes en esta época, una corriente que junto al neoplatonismo, el cinismo o el epicureismo ofrece al hombre, en su desconcierto espiritual, una nueva perspectiva de la vida: una nueva concepción del hombre, una nueva forma de afrontar sus problemas y, en definitiva, su salvación espiritual. A la moral estoica corresponden una serie de sentencias pronunciadas por el protagonista masculino. Éste, resistiéndose a reconocer el amor por Antía, declara para sí mismo: “es hermosa esa virgen, sí, pero ¿y qué? Para tus ojos, Habrócomes, es bella Antía, pero no para ti si tú quieres”, de la misma manera que, convertido en esclavo de los piratas, declara: “soy esclavo sí, pero sé guardar mis juramentos. Tienen todo el poder sobre mi cuerpo, pero mi alma la tengo libre”; son éstas fórmulas que recuerdan pasajes de Epicteco y de Séneca.

Jenofonte presenta un relato ficticio, con personajes no reales, no históricos, con una sucesión de aventuras extraordinarias y sucesos sobrenaturales (las milagrosas salvaciones de los héroes cuando están a punto de morir, o la permanente protección divina hacia estos mismos), todo dentro de un razonamiento lógico, puesto que hablamos de un relato novelesco, que ha de ajustarse a las normas y tendencias del

características, el marco que rodea a dicho relato tiene una gran apariencia de corresponder a la historia real de un tiempo próximo al del autor. Esto no quiere decir que Jenofonte haya pretendido plasmar un cuadro real de la historia de su tiempo, ni que los personajes de su novela hayan sido introducidos en un marco histórico real, sino que dentro de una historia ficticia Jenofonte inserta rasgos fácilmente identificables con un momento histórico concreto, que viene a coincidir con el suyo propio, un momento conocido sobradamente por el público receptor de su obra por ser el momento que les ha tocado vivir. De tal manera que, incluso al tratarse de elementos esencialmente constituyentes de la novela, como pueden ser el de los viajes o el de la intervención divina en favor de los protagonistas, éstos parecen tomar un enfoque real. Es decir, aunque los viajes por mar de los protagonistas se presenten como un tópico en la novela griega, sin embargo Jenofonte hace coincidir las rutas marítimas de los personajes de su novela con las rutas marítimas más habituales en su época. De la misma manera, aunque la religiosidad está presente en mayor o menor medida en todo el género novelesco, Jenofonte envuelve su obra con el sentimiento religioso propio de su época. De todo esto se deduce que la historia de las *Efesíacas* puede, sin duda, adquirir valor de documento histórico de una época próxima a la de su composición; es decir, un documento histórico de los siglos I-II d. C.